

tan poco aprecio de una obligacion tan indispensable, y de un medio tan eficaz como necesario! Resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á reparar en adelante lo mucho que he perdido por mi tibieza y por mi relajacion.

JACULATORIAS. — Avivaráse mas y mas en la fragua de la meditacion el fuego de vuestro santo amor, ó Dios y Señor mio. (*Psalm. 38.*)

Suba, Señor, á vos el humo de mi oracion como incienso de buen olor. (*Psalm. 140.*)

PROPOSITOS.

1 *El que sabe orar como se debe, sabe vivir como se debe,* dice S. Agustin. Y nunca te olvides de lo que añade S. Buena-ventura, que sin la oracion toda devocion es árida, imperfecta, y está muy próxima á extinguirse. Disipase el fervor; desmayase el aliento, cesa la perseverancia, y se precipita el alma en la última miseria. Forma desde luego una generosa resolucion de que no se pase dia alguno de tu vida sin cumplir fiel y exactamente con la indispensable obligacion de tan santo ejercicio; determina el tiempo y la hora que has de ocupar en él, sin cercenar jamás ni un solo momento.

2 Nunca te contentes con una meditacion puramente especulativa; toda buena oracion debe ser práctica, esto es, ha de consistir en consideracion y en accion. En la oracion has de contemplar las grandes verdades de nuestra religion, las obligaciones de tu estado, de tu condicion, de tu empleo; pero no pares en mera contemplacion; aplica la mayor parte del tiempo á considerar como debes proceder conforme á estas reglas de conducta, y forma el plan de la que debes observar aquel dia en el mismo ejercicio de la oracion.

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

EL MARTIRIO DE SAN QUIRINO, tribuno y alcaide de la cárcel, en Roma, en la via Apia, el cual fué bautizado con toda su familia por el papa S. Alejandro, á quien tenia en su custodia; y habiendo sido entregado al juez Aureliano en tiempo del emperador Adriano, como permaneciese firme en la confesion de la fe, despues de haberle cortado la lengua, las manos y los pies, y de haberle puesto en el po-



S. JUAN CLIMACO ABAD.

tro, por último habiéndole degollado, obtuvo la corona del martirio.
 EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES DOMNINO, VÍCTOR Y SUS COMPANEROS, en Tesalónica.

LA CONMEMORACION DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES DE LA COMUNION CATÓLICA, en Constantinopla, á los cuales en tiempo de Constancio martirizó Macedonio heresiarca con inauditos géneros de tormentos; uno de ellos fué arrancar los pechos de las mujeres católicas poniéndolos encima del borde de un cofre, y dejando caer la cubierta de golpe los hacian pedazos, y lo que quedaba lo quemaban con un hierro ardiendo.

LA MUERTE DE SAN REGULO, obispo de Arlés, en el castillo de Senlis. (Habiendo con sus predicaciones convertido á la fe los pueblos dependientes del dicho castillo de Senlis, al propio tiempo que tambien predicaba en Francia S. Dionisio, fué elegido primer obispo de aquel territorio, y murió en paz en el seno de su rebaño.)

SAN PASTOR, obispo, en Orleans, en Francia.

SAN ZÓSIMO, obispo y confesor, en Zaragoza de Sicilia.

SAN JUAN CLÍMACO, abad, en el monte Sinai. (Véase su vida en este dia.)

SAN CLINIO, confesor, en Aquino.

SAN JUAN CLÍMACO, ABAD.

SAN Juan Climaco, llamado así por el excelente libro que compuso, é intituló *Escala del cielo, ó de la perfeccion*, fué, segun se conjetura, de algun lugar de Palestina. Nació en tiempo del emperador Justiniano I, hácia el año de 525; y si la grande comprension que tuvo de las artes y de las buenas letras acredita su buena educacion, esta misma educacion es testimonio muy verisimil de su noble nacimiento.

La gran fama que desde jóven le adquirió su rara sabiduría, le mereció el título de *Escolástico*: nombre que en aquel tiempo solo se daba á los que siendo ingenios conocidos, acompañaban esta prenda de mucha elocuencia, de gran letura de los antiguos, y de un profundo estudio en todas las ciencias. Pero nuestro Juan habia nacido para gloria mas sólida. Tentáronle muy poco todas las floridas carreras, todas las halagüeñas esperanzas con que el mundo le brindaba. A los diez y seis años de su edad las renunció todas; y siguiendo las impresiones de la gracia, dedicó todo su estudio á la importante ciencia de la salvacion.

Resuelto á dejar el mundo, se retiró al monte Sinai bajo la disciplina de un venerable anciano llamado Martirio, que hallando en el nuevo discípulo toda la docilidad de un niño con toda la simplicidad de una alma inocente y pura, en poco tiempo le hizo adelantar mucho en el camino de la perfeccion, y en me-

nos de cuatro años sacó uno de los mas diestros maestros de la vida espiritual.

A la verdad, nuestro Juan no omitia cosa alguna de cuantas podian contribuir á facilitarle tan admirables progresos. Era por extremo humilde. Siendo tan hábil en muchas facultades, y mas sabio de lo que correspondia á su edad, apenas abrazó la vida monástica, cuando pareció no tener ni aun tintura de las letras. No solo dejó el mundo, sino que le olvidó. Era tan perfecto su rendimiento, y su obediencia tan ciega, como si no tuviera propia voluntad. Desde el primer dia sujetó tanto sus sentidos, y adquirió tanto dominio sobre sus pasiones, que parecia haber entrado ya perfecto en la religion.

Cuatro años empleó en instruirse, ó por mejor decir, en perfeccionarse en el ejercicio de las mayores virtudes. Muerto su santo maestro, quiso consagrarse á Dios mas perfectamente por medio de la profesion religiosa, cuyo sacrificio hizo con tan extraordinario fervor, que el abad Stratego, monge de gran virtud, que se halló presente, exclamó como con espíritu profético: *Estoy viendo que Juan ha de ser con el tiempo una antorcha resplandeciente en el mundo.*

Instruido ya plenamente el recien profeso en las obligaciones de su estado, solo pensó en desempeñarlas con la mayor perfeccion. El abad del monte Sinai era como el arquimandrita, ó el patriarca de todos los monges que poblaban los desiertos de Arabia; y aunque habia un monasterio sobre la misma cima del monte, la mayor parte de los monges vivian en celdillas, ó en ermitas separadas, de manera que todo el monte, hablando en propiedad, venia á ser un monasterio. Luego que nuestro Juan hizo la profesion, se retiró á una ermita llamada Tole, sita al pié de la montaña, á dos leguas de la iglesia que en honor de la santísima Virgen habia hecho edificar el emperador Justiniano para comodidad de todos los monges que vivian esparcidos entre las rocas y asperezas del Sinai. En esta ermita vivió Juan por espacio de cuarenta años con tan ejemplar retiro, y tan entregado á los santos ejercicios de una rigurosa penitencia, que no era llamado por otro nombre sino por el del ángel del desierto.

No le dejó tranquilo mucho tiempo el enemigo de la salvacion. Apenas se vió en su retiro, cuando se sintió asaltado de las tentaciones mas violentas y mas peligrosas. Brotaron como de repente, y le dieron bien en que entender muchas pasiones hasta entonces desconocidas al santo mancebo. Amotináronse todas; pero Juan, lleno de confianza en Jesucristo, y recurriendo á la oracion, al ayuno, á las penitencias, y sobre todo, á la frecuen-

cia de sacramentos, hallaba siempre auxilios poderosos, que le sacaron victorioso de tan molesta como continuada guerra. Manteniase siempre sereno en medio de la tempestad, porque jamás perdía al cielo de vista; sirviéndole las tentaciones para que brillase mas su virtud, y se purificase mas y mas su corazon.

Conociendo bien la destreza con que el espíritu de vanidad sabe insinuarse hasta por las espinas de la penitencia, huía con el mayor cuidado de todo cuanto podia tener visos de singularidad. Comia indiferentemente, sin escrúpulo ni melindre, de todos los manjares que le permitia su profesion; pero en tan corta cantidad, que no se sabia cómo podia mantenerse. El sueño era correspondiente al alimento; pero su íntima y continua union con Dios, aquellos elevadísimos fines adonde dirigia todo cuanto obraba, aquella pureza de intencion, y aquel encendido amor de Dios en que se abrasaba su pecho, daba tal realce, tal precio á las acciones mas comunes de nuestro solitario, que no debemos admirarnos de que en tan poco tiempo hubiese ascendido á tan eminente grado de santidad.

Elevóle Dios al estado de la oracion continua; y parece que el Santo hizo retrato de sí mismo en la descripcion que en su libro de la Escala dejó escrita de esta gracia. *Esta oracion (dice) consiste en tener el alma por objeto á Dios en todos sus ejercicios, en todos sus pensamientos, en todas sus palabras, en todos sus movimientos, en todos sus pasos; en no hacer cosa que no sea con fervor interior, y como quien tiene á Dios presente.*

Este sublime don de oracion le infundió aquel grande amor que profesaba á la soledad. La íntima comunicacion con Dios le hacia intolerable el trato con los hombres. Viósele muchas veces levantado sobre la tierra á impulso de las sobrenaturales operaciones de la gracia, y en estos éxtasis le comunicaba el Señor anticipadamente los gustos y las delicias del cielo.

Aunque se dedicaba mucho á la leccion de la sagrada Escritura y de los santos padres; pero en la contemplacion de las cosas divinas y de los misterios de la religion era donde principalmente bebia aquellas superiores luces, que le merecieron la veneracion y el concepto, no ya precisamente de un mero contemplativo, sino de un gran doctor, de un padre de la Iglesia, y de una de las mas brillantes lumbreras de su siglo. Pero hizo su humildad que esta antorcha estuviese cuarenta años como escondida debajo del celemin de su celda.

No se pudo resistir á encargarse de la enseñanza de un jóven solitario llamado Moisés, que á fin de merecerle esta caridad, habia empeñado á todos los padres ancianos del desierto. Aprove-

chóse bien el discípulo de la habilidad del maestro, y le valió mucho el gran poder que éste tenía con Dios; porque habiéndose quedado dormido á pocos dias debajo de un corpulento peñasco, oyó entre sueños la voz de su maestro que le llamaba; despertó Moisés, salió prontamente de aquella concavidad, y apenas habia salido cuando se desgajó el peñasco. Otro solitario, por nombre Isaac, le declaró las molestísimas tentaciones de la carne, que letenian casi acabado, y al instante quedó libre de ellas por las oraciones de nuestro Santo.

Cuarenta años habia que vivia en el desierto mas como ángel que como hombre, cuando el Señor le sacó de la oscuridad de su ermita para hacerle superior general, abad, y padre de los monjes del Sinai. Costóle mucho rendirse, no siendo este el menor de los sacrificios que hizo á Dios en su vida. Aunque su fama estaba bien acreditada, con todo eso le admiraron mucho mas cuando le trataron mas de cerca. Ganó los corazones de todos con su blandura y con su humildad. Su gran caridad, aun con los extraños, no pocas veces la acreditaba el cielo con singulares maravillas. Concurrieron á él los pueblos de Palestina para que con sus oraciones alcanzase del cielo el agua de que necesitaban los campos; y al punto los vieron abundantemente regados de una copiosísima lluvia. No se encerraba dentro de las provincias de Oriente la fama de su santidad. San Gregorio el Magno le escribió encomendándose en sus oraciones, y le envió algunos muebles para el hospital y hospedería que habia fabricado á la falda del monte Sinai.

A ruegos de Juan, abad de Raite, íntimo amigo de nuestro Santo, compuso el admirable libro de la *Escala del cielo*, dividida en treinta gradas ó escalones, que contienen todo el progreso de la vida espiritual, desde la primera conversion hasta la perfeccion mas elevada. A los principios se juzgó que esta obra era superior á la capacidad del comun por cierto aire sublime de expresiones, que es familiar á muy pocos; pero siempre se halló en ella un lleno y una solidez de espíritu tan útil como agradable. El estilo es conciso y figurado; conténtase con esponder la doctrina en ideas abreviadas, y así habla siempre por sentencias.

Tratando de la obediencia refiere admirables ejemplos que observó en un monasterio de Egipto, donde unos venerables ancianos obedecian con la simplicidad de niños, y donde se contaban trescientos y treinta monjes que solo tenían un alma y un corazon. A pocos pasos de este monasterio habia otro que se llamaba *la Cárcel*, donde se encerraban voluntariamente los que despues de la profesion habian caído en alguna culpa grave. Las

asombrosas penitencias que refiere el Santo de aquellos hombres verdaderamente arrepentidos, no se pueden leer sin lágrimas, y aun sin horror.

A esta obra añadió S. Juan Clímaco un tratadillo, que se intitula *Carta al Pastor*, el cual era el mismo bienaventurado Juan de Raite á quien dirigió la *Escala del cielo*.

Pero era tan grande el amor que profesaba á la soledad, que continuamente estaba suspirando por su apetecida ermita; y así al cabo de cuarenta años renunció el oficio de superior, sin ser bastantes á hacerle mudar de resolucion los ruegos ni las lágrimas de sus súbditos, que solo tuvieron el consuelo de lograr por superior en el empleo á Jorge, hermano mayor de nuestro Santo.

Sobrevivió poco tiempo á la renuncia. Restituido á su amado retiro, era toda su ocupacion pensar en aquel dichosísimo momento que habia de unirle indisolublemente con su Dios. Dispúsose para él con extraordinario fervor, y colmado de virtudes y de merecimientos murió el dia 30 de marzo de 605, casi á los ochenta de su edad, habiendo pasado sesenta y cuatro en el desierto. Cuando estaba para espirar, se acercó á él su hermano el nuevo abad, y deshaciéndose en lágrimas, le rogó que le alcanzase de Dios no le dejase por mucho tiempo en este mundo. *Serás oido*, le respondió Juan, *y morirás antes que se acabe el año*; como sucedió diez meses despues.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion es la que se sigue:

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad Juan nos haga recomendables á vuestra divina Majestad, para que consigamos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 66 del profeta Isaías

El que se acuerda del incienso, es como si bendijese al idolo. Todas estas cosas eligieron en sus caminos, y su alma se deleitó en sus abominaciones. Por tanto tambien yo imitaré sus ilusiones, enviaré sobre ellos las cosas que temian: porque llamé y no hubo quien respondiese: hablé, y no dieron oídos: é hicieron el mal en mi presencia, y quisieron lo que yo no queria.

REFLEXIONES.

In abominationibus suis anima eorum delectata est. Nunca está sano el espíritu cuando está corrompido el corazón. La enfermedad de entrambos se comunica al entendimiento, y apágase la fe en un alma embrutecida. ¡Qué digno de compasión es aquel en quien solo reina la pasión! ¡qué ciego el que no tiene mas luz que la que ésta le comunica!

Realmente no todos los errores son del entendimiento; tambien el corazón padece sus descaminos. Enfermedades son sus ilusiones; pocas dejan de ser incurables, ninguna deja de ser voluntaria, y sus consecuencias siempre son peligrosas. Nunca para el precipicio en la mitad cuando el que se despeña se precipita por inclinación.

Es el amor propio fecundo manantial de estas ilusiones. Jamás se miran con desconfianza, porque siempre lisonjean. Apenas reinan en el alma, cuando la razón pierde su libertad. Entendimiento, genio, educación, juicio, todo se va tras su impresión, todo se rinde á su impulso. Las conquistas que hacen las pasiones, los estragos que causan, siempre son á favor de la niebla que estas ilusiones levantan en el corazón. Ni aun los errores del entendimiento tienen otro principio. Es preciso curar primero el corazón para cegar el manantial mas ordinario de las preocupaciones, de las ilusiones del entendimiento. Pocos hay exentos de los prestigios, de los fantasmones de la voluntad; y son menos los que se defienden de ellos. ¡Que condicion hay tan feliz, que estado tan perfecto, que esté á cubierto de estos errores! Los grandes nacen por lo comun con ciertas preocupaciones á favor de su grandeza, de que rara vez se curan perfectamente. El pueblo se alimenta de todo lo que le lisonjea. La verdadera region de las ilusiones del corazón es el mundo; pocos mundanos hay que no estén preocupados de ellas. ¡Y qué tiránico imperio no ejercen sobre el espíritu, que hace de ellas la regla de su devoción, de su religion y de su conducta! Son testigos los judíos de las maravillas que obra el Salvador para convencerlos de que es el Mesías prometido. Verifica visiblemente hasta las menores circunstancias de lo que vaticinaron los profetas. Leen estas profecias, ven aquellos milagros, y no quieren creer. Es que su incredulidad mas nace de la voluntad que del entendimiento. ¿Pero de qué otro principio nace la obstinación de los pecadores, y la terquedad de los herejes?

Aquella insaciabilidad de la ambición y de la codicia; aquel

sectario encaprichamiento de partido; aquel encono interminable; aquellos odios eternos, aquella hipocresía de profesion, ordinariamente todo es efecto de las ilusiones del corazón. No hay vicio que no adulen; pocos que no lisonjeen desde que ellas los adoptan; y aquella artificiosa seguridad con que viven muchas personas, cuya conciencia tenia sobrados motivos para estar inquieta y sobresaltada, es el fruto mas natural de estas voluntarias ilusiones. No solo se hace costumbre, sino que se hace diversion de la maldad, como dice el Profeta: *In abominationibus suis anima eorum delectata est.* Forma el alma sus delicias de sus abominaciones: entonces es cuando llama Dios, y nadie le responde; habla, y no hay quien le atienda: *Locutus sum, et non audierunt.* No hay cosa que meta tanto ruido para que no se oiga la voz de Dios como las ilusiones del corazón.

El Evangelio es del cap. 27 de S. Mateo.

He aquí que el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba abajo, y la tierra tembló, y las piedras se despedazaron. Y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de los santos que habian muerto, resucitaron. Y saliendo de los sepulcros después de la resurrección (de Jesús) vinieron á la ciudad santa, y se aparecieron á muchos. El centurion, pues, y los que estaban con él guardando á Jesús viendo el terremoto, y las cosas que sucedian, temieron mucho, y decian: Verdaderamente este era hijo de Dios.

MEDITACION.

De la gloria de Cristo entre las ignominias de su muerte.

PUNTO PRIMERO. — Considera que durante la vida mortal de Jesucristo su divinidad solo se manifestó como por entre celajes; pero en su muerte, toda ella se hizo patente á nuestros ojos. El cielo, la tierra, sus mismos enemigos, las profecias que precedieron, la fe de los pueblos que se siguió, la misma fuerza de la razón, los prodigios, los milagros; todo nos predica su divinidad; todo demuestra invenciblemente su omnipotencia; todo nos obliga á admirar su sabiduría; todo concurre á su gloria; todo convence su inocencia; todo hace demostración de su santidad.

No habia cosa mas fácil para el Salvador que evitar su muerte. Sabia muy bien la malignidad de los judíos; penetraba sus

perversas intenciones. *Quid me queritis interficere?* (Joan. 7.) ¿Por qué me buscáis para darme la muerte? Declaró á Judas su traicion; y en medio de eso muere; y muere despues de haber prevenido él mismo todas las circunstancias de su muerte; despues de haber hecho individual y menuda mencion de todo lo que habia de padecer; despues de haber notado que todo esto habia de suceder, para que se cumpliese lo que estaba pronosticado por los profetas.

Muere Cristo, y todo cuanto aconteció en su pasion y en su muerte, todo es divino, todo maravilloso: la majestad, la gravedad, la dulzura de su semblante, que en todo le acompaña; aquel silencio tan distante de todo desden, de toda fiereza; la malignidad, la rabia de sus enemigos, que no pueden acusarle sino de sus milagros, de sus beneficios, de su mansedumbre y de su paciencia.

Muere Cristo. ¿Y cuantos prodigios sucedieron en su muerte? ¿Pero qué mayor prodigio que la muerte misma? Eclipsase el sol sin que algun cuerpo opaco nos le encubra; tiembla la tierra; rómpense los peñascos, y toda la naturaleza se estremece en el mismo instante en que espira este hombre Dios. No muere porque le falten las fuerzas; si fuera por eso, ya le hubiera quitado naturalmente la vida la mucha sangre que derramó; muere porque quiere, y cuando quiere; lo que es propio de un hombre Dios, acreditando hasta en la misma muerte su independenciam y su soberanía.

Muere Cristo; y hace escala de la misma infamia para subir á la mas encumbrada gloria. En medio de la ignominia de la muerte hace visible su divinidad. Los judios, que no le reconocieron por hijo de Dios viéndole hacer milagros, le aclaman por verdadero hijo de Dios cuando le ven espirar en un madero. *Verè filius Dei erat iste.* Muere en una cruz, y desde ella dispone del reino de los cielos; por ella triunfa del príncipe de este mundo; con ella doma el orgullo del mismo mundo; y á ella la coloca sobre las ruinas de la idolatría y de la infidelidad. Ningun discípulo suyo se avergüenza de predicar su muerte á las naciones; ninguno trata de disimular, de disminuir su infamia: *Prædicamus Christum crucifixum.* Nunca se predica su divinidad, sino mostrándole enclavado en un madero, declarando el género de muerte que padeció, señalando con el dedo sus llagas, expresando sus afrentas. Y los griegos, aquel pueblo tan delicado y tan soberbio; los romanos, aquella gente tan orgullosa; y los bárbaros, aquellos que miraban con horror á un hombre crucificado, adoraron á Jesucristo en la cruz, le reconocieron por su

Dios, por su Redentor, por su Juez. Despues de esto, pide milagros para creer.

¡Ah, divino Salvador mio, y con cuanta razon dijisteis vos que el milagro de los milagros erais vos mismo espirando en una cruz! Si despues de este milagro no os adoro con un corazon verdaderamente contrito y humillado; si no os amo con ternura y con ardor; si no me hace impresion vuestra muerte; si os niego hasta una lágrima; ¡qué especie de milagro, qué especie de portento no seré yo mismo!

PUNTO SEGUNDO. — Considera cuanto debe avivar nuestra fe, encender nuestra devocion, y alentar nuestra confianza la vista de Cristo crucificado. ¿Pero experimento en mí estos efectos?

Veo en esta cruz á mi Dios, á mi Redentor, á mi Padre. Un Dios en la cruz me descubre el precio, el mérito de las cruces; esto es, de las humillaciones, de los abatimientos y de los trabajos. Un Salvador en la cruz es remedio eficaz para todas mis enfermedades. Un Padre en la cruz es un objeto lastimoso de ternura, que debe arrebatarme el corazon, porque no puede acreditar mejor lo infinito que me ama. *Ecce quomodo amabat eum,* grita aquella cruz á todo el cielo y á toda la tierra. Ella publica hasta qué punto llegó el exceso del amor que Jesucristo me tuvo: todos convienen en ello, y quizá solo yo no entiendo este lenguaje.

Ecce. No solo en esta vida es la imágen de la santa cruz el mayor testimonio de la excesiva ternura con que Cristo nos amó, sino que será eterno este memorial de su amor y de su muerte. *Ecce,* dirá por toda una eternidad á un infeliz condenado: mira si podias subir mas de punto la tierna pasion con que tu Dios te miró. *Ecce:* mira si no hizo bastante y sobrado Jesucristo para librarte de este fuego eterno, de este infierno en que ahora te ves por culpa tuya. ¡O Dios, y qué reconvenccion tan dura! ¡ó qué cruel suplicio para un condenado la memoria de Cristo muriendo por él en una cruz, que jamás se le borrará!

Ecce, dice en esta imágen á los predestinados. Este es aquel á quien debeis vuestra felicidad eterna. Comprended bien el exceso de su amor, la inmensidad de su ternura. Ellos la comprenderán; y de este conocimiento nacerá aquel consuelo, aquella alegría, aquellos ímpetus de amor, aquellos filiales recursos, aquellos movimientos de gratitud, y de un profundo reconocimiento, de que estará continuamente penetrado su corazon.

¡Ay dulce Jesus mio! ¿qué efecto causará en mí, durante la eternidad, la memoria de tu muerte? ¿será para mí objeto de

consuelo ó de desesperacion? Pero ah, que para conocerlo no tengo mas que examinar los efectos que ahora me causa en vida! Espero en vos, divino Salvador mio, que con vuestra gracia me servirá la cruz en vida de regla para vivir, en muerte de fundamento para confiar, y despues de ella de motivo para alegrarme por toda la eternidad. Así sea.

JACULATORIAS. — ¿ Con qué agradeceré á mi Dios los beneficios que he recibido de su infinita bondad? Abrazaré con gusto las cruces, los trabajos con que se dignare regalarme, y beberé gustoso el cáliz de su pasion. (*Psal. 115.*)

Crucificado estoy en la cruz con mi Señor Jesucristo. (*Ad Galat. 2.*)

PROPOSITOS.

1 Estímase mucho la humildad; pero no se huye menos de la humillacion. La humildad es una virtud que tiene su mérito, su esplendor, y da tambien su honra. Por esta razon se precian muchos de humildes; pero sin querer ser humillados, porque las humillaciones son ásperas y oscuras. No solo no hay cosa en ellas que fomenta el amor propio, sino que le aniquilan, y son ponzoña del orgullo; por eso se las mira con tanto horror. No hay devoto alguno que no juzgue de sí que es humilde; pero en llegando por su casa la humillacion, se altera, se inquieta, se alborota; á solo el nombre de humillacion se asusta, se sobresalta. ¿Qué ilusion, qué error si te lisonjeas vanamente de humilde, padeciendo este disgusto! Humillóse, anonadóse á sí mismo Jesucristo, dice el Apóstol; pero se humilló entre los oprobios de que se vió hartó, entre los azotes que le despedazaron las carnes, sobre el afrentoso madero donde espiró. No se llega á ser humilde porque se estime y se ame la humildad, sino porque se ama y se desea la humillacion. Esto es lo que nos quiere significar Jesucristo por humildad de corazón. Y esta importante leccion nos la enseña el Salvador desde la cátedra de la cruz: Nunca pongas los ojos en un crucifijo sin acordarte de aquella muda leccion que da el Señor á sus discípulos: *Discite à me.* No te contentes con oirla; da todos los días algunas pruebas de que la has aprendido; y si quieres algun ejercicio práctico, observa el siguiente. Primero: Nunca defiendas tu parecer con calor, con empeño, con aspereza, con vivacidad, sino cuando el asunto sea de tanta importancia, que no te permita ceder y ser indulgente. Segundo: Cuando te atribuy-

yan alguna cosa que no has hecho, no te escuses ni te justifiques, menos que Dios ó la conciencia te dicten lo contrario. Tercero: Ofrece al Señor todas las mañanas á los pies de un crucifijo todas las humillaciones que aquel dia fuere servido de enviarte, aceptándolas de buena voluntad, y pidiéndole gracia para provecharte de ellas. Cuarto: Mira con ojos cristianos las cruces, los trabajos y los abatimientos; honrando singularmente á las personas afligidas y humilladas, y acreditando con las obras tu estimacion y tu cariño. Apenas hay señal de predestinacion menos dudosa ni menos equívoca que las humillaciones.

2 Ya se ha aconsejado en esta obra, que en el oratorio, ó en el cuarto se tenga un crucifijo, destinado para que nos auxiliemos con él en la hora de la muerte. Tómale muchas veces en la mano, y suplicale con las mayores veras que te hable desde luego al corazón lo que te ha de decir en aquella postrera hora. Piensa que ya te está haciendo los mismos cargos que entonces te ha de hacer. Ahora te hallas en tiempo y en paraje de remediar muchas cosas; no dilates la ejecucion. Este piadoso ejercicio, repetido algunas veces cada mes, es muy provechoso, y sirve maravillosamente para reformar las costumbres en vida, y para disponernos á una santa muerte.

DIA XXXI.

MARTIROLOGIO.

SAN AMÓS, profeta, en Tecua en Palestina, el cual fué muchas veces azotado por orden del sacerdote Amasias, y despues Ozias hijo de Amasias le hizo pasar por las sienas un baston puntiagudo; y habiéndolo enviado á su patria medio muerto, espiró, y fué sepultado junto á sus padres. (*Véase una noticia de su vida en las de este dia.*)

— LOS SANTOS MÁRTIRES TEÓDULO, ANESIO, FELIX, CORNELIA Y SUS COMPAÑERAS, en Africa.

SAN BENJAMIN, diácono, en Persia, el cual no cesando de predicar la palabra de Dios, fué preso en tiempo del rey Isdegerdes y cruelmente atormentado, metiéndole cañas aguzadas por entre las uñas; y por último atravesándole el vientre con un palo espinoso, consumó el martirio.

SANTA BALBINA, virgen, en Roma, hija de S. Quirino mártir; la cual habiendo sido bautizada por el papa S. Alejandro, despues de haber vencido á su siglo, fué sepultada en la via Apia junto á su padre. (*Véase su vida en las de este dia.*)